

«Primero fue Tolkien,
luego llegó Pullman,
y ahora es el turno de
Katherine Rundell.»

MICHAEL MORPURGO

CRIATURAS IMPOSIBLES

KATHERINE
RUNDELL

DESTINO

KATHERINE
RUNDELL

CR
IATURAS
IM
POSIBLES

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2024
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.es
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Impossible Creatures*

© del texto: Katherine Rundell, 2024

Esta traducción de *Impossible Creatures* ha sido publicada por Editorial Planeta España en colaboración con Bloomsbury Publishing Plc.

© de las ilustraciones: Tomislav Tomić, 2024

© de la traducción: Isabel Murillo, 2024

© Editorial Planeta S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28697-4

Depósito legal: B. 8.186-2024

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EL PRINCIPIO

Había sido un día magnífico, hasta que alguna cosa intentó devorarlo.

Era una criatura negra similar a un perro, aunque no se parecía en nada a cualquier perro que hubiera visto antes. Tenía los dientes tan largos como su brazo y unas garras a buen seguro capaces de hacer trizas un roble.

Por lo tanto, dice mucho a favor de Christopher Forrester que se negara —con velocidad, astucia y coraje— a ser devorado.



EL PRINCIPIO, EN OTRA PARTE

Había sido un día magnífico, hasta que alguien intentó matarla.

Mal acababa de volver a casa de su viaje, después de haber cruzado el bosque volando con los brazos extendidos y el abrigo inflado por el viento.

Mal Arvorian solo podía volar cuando soplaba el viento. El tiempo de aquel día había sido perfecto —una brisa del oeste que olía a mar—, y había disfrutado dando volteretas por el cielo y girando a merced del aire frío. Su abrigo volador era grueso y le iba grande; tanto, que tenía que arremangarse las mangas dándoles cuatro vueltas. Cuando soplaba el viento —que no tenía necesariamente que ser fuerte, bastaba con un poco—, agarraba el abrigo por las esquinas, lo abría como si fueran alas y, al instante, sentía que la brisa la levantaba del suelo.

Aquel día había volado justo por encima de las copas de

los árboles, con los zapatos rozando las puntas de las ramas, y luego había hecho un picado con el que había espantado sin querer a un rebaño de unicornios.

En la cocina, su tía abuela Leonor había refunfuñado al notar que tenía las manos heladas y le había preparado una taza de licor de flor de saúco caliente. Y, justo entonces, habían llamado a la puerta.

Era el asesino.



LA LLEGADA

El día antes del ataque, Christopher estaba sentado en un banco delante de la terminal de transbordadores, esperando a su abuelo. Había viajado completamente solo hasta Escocia desde su casa, en el norte de Londres. Le dolían las piernas por los calambres después de permanecer tanto rato sentado y estaba muerto de hambre.

Una ardilla saltó de repente al banco y se quedó mirándolo. Se acercó despacio, temblorosa, y le rozó la rodilla con los bigotes. Se le sumó otra, y luego otra..., hasta que un total de siete ardillas se acabó congregando a sus pies.

Una mujer que esperaba en la parada de taxis se volvió para mirarlo.

—¿Cómo lo hará? —le preguntó al hombre que esperaba a su lado.

Una de las ardillas corrió a instalarse en la punta del zapato de Christopher. Christopher se echó a reír y la ardilla

ascendió correteando por su pantorrilla hasta alcanzar la rodilla.

—¿Todo bien? —le dijo a la ardilla—. Hace un día estupendo.

—Dándoles comida, seguro —respondió el hombre a la mujer, y a continuación le gritó a Christopher—: ¡No hay que darles de comer a los animales salvajes! ¡Es malo para su estómago!

—Lo sé —replicó Christopher, y esbozó una media sonrisa—. No les estoy dando nada.

Sus amigos siempre bromeaban diciendo que, dondequiera que fuera Christopher, los animales lo buscaban. Los gatos callejeros trazaban ochos alrededor de sus tobillos, los perros lo lamían en el parque... Habían tenido incluso que interrumpir más de un partido de fútbol porque aparecían pequeños coros de zorros aulladores que intentaban acercársele; un día, durante una excursión escolar, un grupo de palomas insistentes se abalanzó sobre él para llamar su atención.

Y nadar en los estanques de Hampstead era casi misión imposible: en una ocasión, el socorrista le ordenó salir del agua porque la repentina llegada de una bandada de cisnes estaba asustando a los más pequeños. Christopher sonrió, silbó a los cisnes y los guio para que salieran del estanque y se tranquilizaran entre los arbustos. Un cisne joven había levantado el vuelo para posársele en el hombro y le arañó la piel con sus patas palmeadas. Las marcas que le había dejado le habían durado meses. Pero a Christopher las cicatrices

no le importaban; sabía que la atención y el amor de los animales no se mostraban siempre con gestos delicados, sino que a menudo implicaban un poco de sangre.

«Será algo relacionado con su olor», decía su padre con frialdad. Pero Christopher no tenía la sensación de oler muy distinto a los demás chicos de su edad. Se lavaba, aunque no es que lo hiciera en exceso.

De pequeño, aquello era lo que más le gustaba del mundo. Y a medida que fue haciéndose mayor, siguió produciéndole una alegría tremenda, aunque aprendió a disimularla, porque era algo que su padre odiaba. A su padre, los animales le producían una ansiedad inexplicable. «¡Largaos!», gritaba, y ahuyentaba a los gatos, los pájaros y a algún que otro ratoncillo que asomaba desde el subsuelo. Ahora, Christopher y su padre ya no paseaban nunca por la naturaleza, porque siempre existía la posibilidad de que las liebres empezaran a perseguirle por los campos y de que las golondrinas quisieran anidar en su cabello.

Pero no siempre había sido así. Christopher recordaba que su padre era de otra manera antes de la muerte de su madre. Porque los animales también se acercaban a su madre. Christopher guardaba una foto de los tres en Richmond Park, rodeados de ciervos, con su padre riendo y él, un bebé, subido a sus hombros. Pero su madre había muerto hacía nueve años y su padre se había contraído, como si le hubiera caído un peso encima y lo hubiera aplastado como a un acordeón. Después de aquello, era como si todo en la

casa se hubiera empequeñecido, como si todo se hubiera encogido y hubiera perdido la valentía.

Por las noches, Christopher abría en secreto las ventanas para que entraran los pájaros. Se cubría con un abrigo largo de lana azul marino y, a veces, dejaba que las golondrinas entrasen en los bolsillos para inspeccionarlos. Daba un rodeo para ir a saludar a los cuervos cuando los veía y los dejaba posarse con sus garras sobre su brazo y sus hombros. Sus amigos se mostraban cautelosos. «¡Te arrancarán los ojos!», decían, pero él se limitaba a sonreír y a negar con la cabeza.

«Qué va. No me harán nada», replicaba. Su tono de voz se volvía más suave y risueño cuando estaba en compañía de animales. Y, efectivamente, no le hacían nada. Cuando estaba con ellos, su cara adquiría el aspecto de un arco antes de ser disparado: listo, a la espera.

Los cuervos le traían botones plateados y clips, y también monedas en las que hacía un agujero para pasarles un cordón de zapatos y poder colgárselas al cuello. En el instituto, algunos alumnos de último curso se burlaban de él por el collar, pero no por eso dejó de llevarlo. Era una manera de proclamar su lealtad a la naturaleza y los seres vivos.

Y fue haciéndose mayor y más alto —la suya era una familia de altos, con piernas largas y flacas y manos finas— y, entretanto, siguió esperando.

Christopher era incapaz de explicar qué estaba esperando. Pero confiaba, con una sensación que le quemaba los pulmones y el estómago, en que hubiera alguna cosa más

que hasta el momento no había visto. El comportamiento de los animales era como una promesa de que ese algo más existía.

(Y tenía razón. Fue algo asombroso que cambiaría su vida para siempre.)